

XV

Sorpresa general en Sonora con la repentina guerra del Yaqui.

—El gobierno Federal se resuelve á obrar.—Se encomienda la dirección de la campaña al Gral. José G. Carbó.—Cajeme hace sus preparativos.—El gobierno local organiza un cuerpo de nacionales para impulsar la guerra.—D. Ramón Corral abandona por breve tiempo la Secretaría de Estado, para vigilar la eficacia de los nacionales.—Es de los primeros que comienzan la campaña del Yaqui.—Es cortado con sólo dos personas por numeroso grupo de indígenas—Se salva debido á su arrojo y serenidad.—Desastre del General Topete.

EL estupor que se apoderó del Estado en los primeros días de Febrero en que tuvo conocimiento de los hechos apuntados, sucedidos con una rapidez vertiginosa, por lo cual se supieron de golpe y en conjunto, fué inmenso, y por algunos días el pavor debió ser semejante al que sintieron los romanos al saber que Atila se hallaba á las puertas de Roma. El distrito más amenazado era el de Guaymas por hallarse más vecino del lugar de los acontecimientos, pero la reacción la sufrían por igual todos los demás distritos; los habitantes de Guaymas y especialmente los pobladores de las haciendas se han distinguido siempre por el valor que han tenido para defenderse de los Yaquis cada vez que éstos los han atacado, y por esto, desde el primer momento, se percibieron á la defensa armando los mozos de los ranchos que

son excelentes tiradores y gustan de perseguir gandules. Así es que por este lado los esfuerzos del gobierno local eran, en lo posible, bien secundados.

En el mes de Febrero con sólo muy pocos días de aviso previo, Cajeme logró alzar á los indios de los dos ríos como si fueran un solo hombre, y para el día 22, la insurrección ardía como devastadora conflagración en Guaymas y Alamos,¹ aun cuando desde antes obedeciendo las órdenes del cacique, los del Mayo habían invadido Bayoreca y los pueblos inmediatos. El 23 del mismo, el valiente General Topete se movió á toda prisa con 80 infantes y 50 caballos, únicos que tenía disponibles, creyendo atajar la rebelión; hizo que la infantería se adelantara hasta la hacienda de «La Misa» para proteger á los vecinos de ella que ya se defendían con denuedo, pidiendo más tropas porque consideraba que la cuestión era seria en sumo grado.

Cuando estos graves acontecimientos pasaban en Sonora, el Jefe de la Zona General D. José G. Carbó se hallaba en Mazatlán, muy lejos de imaginarlos; así es que fué profunda su sorpresa al medir el alcance del peligro por el calibre de las noticias. Sin embargo, tenía órdenes terminantes del Ministerio de Guerra para no abrir campaña, según se ve en la obra del General Troncoso, y, buen militar, esperó hasta que el superior le ordenara, lo que no tardó en suceder, pues á fines de Febrero de 1885, recibió del Ministro de la Guerra, el siguiente mensaje:²

¹ El río Yaqui cruza por el Distrito de Guaymas y el Mayo por el de Alamos.

En el primer río se hallan los pueblos de Ráun, Vicam, Pótam, Huirivis, Belem, Cócorit, Tórin y Bámum, que eran los principales poblados, además del Médano, La Pitahaya, Los Guamúchiles, etc., pero que todos se hallaban en poder de Cajeme.

En el segundo río se hallan los pueblos de Macoyagüi, Conicarit, Camoa, Tecia, Navojoa, Cuirimpo, Guitojoa, Etchojoa, Santa Cruz y Masiaca. Navojoa por influencia civilizadora del mayor número de población blanca en Alamos, se había sustraído á la influencia de Cajeme desde mucho antes de esta última guerra.

² Véase en la página 113 de la obra citada.

«Como digo á Ud. en telegrama separado de hoy, muévase con tropas suficientes hacia el Distrito de Guaymas que «ha sido invadido por indios Yaquis en número de 600, según me avisa el General Topete, quien también ha marchado para el mismo Distrito con 130 hombres y pide refuerzos. «—*Hinojosa.*»

Carbó no pudo sacar fuerzas federales de Sinaloa porque apenas había allí las indispensables para dar guarnición, haciéndolo presente para que de otras partes se mandaran pronto las necesarias, pero salió en persona para ponerse á la cabeza de las operaciones en el lugar de los sucesos, comunicando por el camino órdenes á Topete y dándolas á conocer á la Secretaría de Guerra.

Ya el General Topete había logrado, si no atajar la rebelión, al menos evitar que Cajeme destruyera la hacienda de «La Misa» como había incendiado el día 21 la de «Las Termópilas;» persiguió á Cajeme con la fuerza que llevaba, no obstante que el indígena acaudillaba 500 hombres de infantería y caballería bien equipados, y lo hizo que se internara en la sierra abandonando el valle de Guaymas, pero no el abundante botín que había robado. El General Topete no prosiguió la persecución por la sierra porque habría sido una insensatez hacerlo con una fuerza tan débil, contra un enemigo tan numeroso que á cada paso se reforzaba, y, además, porque vió que hormigueaban las partidas de Yaquis por todo el valle. Manifestó tanto al gobierno general como al local que la insurrección se había extendido demasiado para refrenarla con los cortos medios con que se contaban, y entónces fué cuando, por fin, la federación resolvió abrir una campaña en forma, nombrando como Jefe al General Carbó.

Para tal objeto hizo que procedieran varios batallones de infantería y caballería con la mayor premura que permitían los medios de comunicación, concentrando en Guaymas á prin-

cipios de Mayo al rededor de 1,400 hombres, con algunas piezas de artillería. El gobierno del Estado, comprendiendo que era necesario aprovechar la oportunidad, hizo un poderoso esfuerzo y logró organizar una columna de ochocientos hombres, en buena parte veteranos de las pasadas contiendas y muchos de ellos conocedores de la región insurreccionada, los que puso al mando de jefes locales de reconocido valor como viejos guerreros experimentados en las acechanzas de los indios. La organización dada á la columna fué tan completa como la de las fuerzas federales, con la certidumbre de que ni una sola de sus unidades pretendería desertar.

Así, pues, á principios de Mayo, se contaban con dos mil doscientos hombres, para una campaña que jamás se había emprendido antes ni con la mitad de ese número.

Bien es cierto que Cajeme no desperdió oportunidad de apertrecharse durante largos años, según hemos manifestado, y pudo poner en pie de guerra un número de combatientes hasta hoy no conocido con toda exactitud, pero que con probabilidad llegó á pasar de cinco mil indígenas al principiar la guerra, aun cuando ni la mitad estaban equipados con uniformidad y con armas de fuego. Las hordas que carecían de este armamento eran, sin embargo, muy útiles, porque servían de exploradores, de correos, de avanzadas, de guerrillas y, sobre todo, para cortar las comunicaciones al enemigo, por lo cual no hay que considerarlos ineficaces porque fueran armados con arma blanca y flechas. Especialmente en las fortificaciones eran excelentes zapadores, y proverbial se ha hecho ya la gran resistencia que tienen para los trabajos más rudos, con lo cual no debe extrañarse que hubieran encontrado las fuerzas expedicionarias verdaderas plazas como las del «Añil,» «Buatachive» y el «Onteme» preparadas por Cajeme con todo arte.

Según el General Troncoso (obra citada), Cajeme tenía

bajo sus inmediatas órdenes más de tres mil hombres en el río Yaqui y cosa de dos mil en el Mayo. Los indios bajo su mando directo, los dividió en varios grandes grupos en diferentes puntos cercanos, de modo que pudieran concentrarse en uno de ellos, y como punto de apoyo construyó en el «Añil,» cerca del pueblo de Vícam, en el centro de un espeso bosque y á la margen izquierda del río, una fortificación consistente en ancho foso que cortaba el camino de Tórin y detrás una doble estacada capaz de resistir las balas de cañón; dentro de la fortificación almacenó gran cantidad de provisiones y ganado y para asegurar el agua comunicó el fuerte con el río por medio de una gran trinchera de más de setecientos metros de longitud.

Preparados de tal modo los contendientes, el General Carbó formó su plan de campaña dividiendo las fuerzas en dos columnas aproximadamente iguales: una que al mando del General Topete habría de bajar de Buenavista siguiendo por Jacatacari y Cócorit hasta reunirse con el general en jefe en Tórin, y la de este último que seguiría por «La Misa,» Pochote, Mapole, la Pitahaya y Tórin, que era el centro de los sublevados, para de allí proseguir la persecución á los indios.

D. Ramón Corral que en unión del Gobernador del Estado presidió á los preparativos de organización del contingente local, no contento de sí mismo con lo hecho, procedió al río separándose de la Secretaría de Gobierno por pocas semanas para ver el comportamiento de los nacionales y apreciar propio visu las necesidades que después fuera preciso llenar.¹ Dada su intimidad con el general en jefe, se

¹ El Sr. Corral no fué el único particular que tomara participación en la campaña. También fueron otras personas independientes de buena posición social y pecuniaria de Hermosillo y el resto del Estado, con el único fin de prestar sus servicios que fueron muy útiles.

agregó con gusto á su estado mayor para hacer al amigo compañía, en fase de la vida bien diferente de las en que otras veces lo había acompañado. Es que el Sr. Corral sabe ser siempre el mismo, no obstante el cambio de situaciones de las personas á quienes concede su amistad.

La decisión del Sr. Corral fué una noticia y no una sorpresa para los habitantes del Estado, pues ya eran conocidas sus cualidades como hombre sereno en el peligro. Ello, no obstante, la noticia fué grata, porque se comprendía que la intervención del Secretario de Gobierno en la campaña, comoquiera que fuese, habría de ser con intenciones de beneficiar al Estado.

El plan de operaciones se comenzó á ejecutar moviéndose Carbó de «La Misa» muy á principios de Mayo; pasó por Mapole y llegó á la Pitahaya el día 9 sin haber encontrado más que las huellas de los indios que se retiraban á la aproximación del enemigo. Por fin el general en jefe, asombrado de aquella pertinaz retirada de los yaquis, pretendió explorar el terreno en persona y con su escolta compuesta de cuarenta hombres del 2º de caballería, un piquete de infantería y una guerrilla exploradora como de cien hombres, al mando de D. José Vidal, se aventuró adelante de la Pitahaya, llegando á cinco leguas de distancia á un punto llamado la Isla, donde se encontraron de manos á boca con una multitud de indios que se hallaban parapetados en el bosque y á los que atacaron con el objeto de reconocer su número.

Junto con el general en jefe iban, además del Sr. Corral, D. Rafael Izábal y un noble joven español, el Marqués D. Manuel de Potestad, que con su hermano Roberto andaba en busca de aventuras, y teniendo noticia de la guerra del Yaqui, se dirigió al lugar de los acontecimientos para tomar parte en ella, sin más interés que el de satisfacer su inclinación por la carrera de las armas.

Al practicarse el reconocimiento de la posición de La Isla, en uno de los impetuosos movimientos de la corta columna exploradora, por adelantarse demasiado, quedaron completamente cortados del resto de ella los Sres. Corral, Izábal y el Marqués de Potestad, sin que, de pronto, fuera notada su ausencia por el General Carbó.

En un momento fueron rodeados por centenares de indígenas, que con alaridos salvajes celebraban el gusto de coger fácilmente aquellos tres prisioneros, para ofrecerlos como víctimas en holocausto de su ira. Empero los tres eran resueltos como pocos, y, por los menos dos de ellos, conocedores de los instintos cruelmente sanguinarios de los indios. Ninguno de ellos se intimidó ni lo más mínimo, y en medio de aquel peligro formidable celebraron rápido consejo de guerra, para ver cómo salían de aquella desesperada situación. Al instante convinieron en salir uno por uno, para ofrecer menos blanco, echándose á mata caballo sobre los indios, disparando sus pistolas, mientras los otros sostenían á retaguardia al que saliese primero. Si éste obtenía éxito feliz, entonces se detendría al otro lado de la valla de indios, para llamar á balazos la atención de ellos, mientras el segundo repetía la hazaña del primero, sostenido entonces á uno y otro lado del cerco humano por los otros dos, y al fin, el tercero repetiría la acción, apoyado por los dos de fuera.

Tal como fué decidido el plan así se puso en práctica, echando antes la suerte para saber el turno de cada uno. El primero en emprender la salida fué Corral: cuando ya se acercaban los salvajes arrancó su caballo en vertiginosa carrera, vientre á tierra, sobre los naturales, á quienes sorprendió tan inesperado empuje, haciéndolos abrir brecha á tiros, mientras era eficazmente apoyado por Izábal y Potestad. Fuera de la línea, apoyó á su vez la salida de Izábal, que fué el segundo, y ambos pretendieron apoyar al último, quien, por

desgracia, en esa escaramuza, halló la muerte, atravesado el cráneo de un balazo. En esos momentos llegaba á socorrerlos el resto de la columna exploradora, que bien tarde los había extrañado, pero que llegó á tiempo para recoger los inanimados restos del noble Marqués de Potestad.

El General Carbó, admirador de los valientes, desde entonces tuvo un título más de sincero cariño para su amigo el Sr. Corral. El hecho fué pronto conocido y comentado por todo Sonora. Al dar cuenta el periódico oficial, en el número 20 del 15 de Mayo de 1885, en términos sencillos pero cariñosos, dice: «Ramón Corral no ha omitido medio para servir al Estado, aunque para ello tenga que poner en peligro su vida. Actualmente se encuentra en la campaña contra los indios salvajes, agregado al Estado Mayor del general en Jefe, y, según se lee en otro lugar, se ha distinguido en la exploración hecha sobre la Isla y el Médano. Verdaderamente llaman la atención las aptitudes del Sr. Corral, pues nadie desconoce sus extraordinarias dotes intelectuales, su energía, su incansable laboriosidad y su acierto en el despacho de los negocios, y ahora demuestra que sabe exponer su vida en caso necesario. Con hombres como él, no puede dudarse del porvenir futuro del Estado.»

Nada mejor podía decirse en su elogio: ese breve párrafo era una profesía que felizmente se ha realizado para Sonora.

De la Isla, procedió el general en Jefe al Médano, y de allí al punto de concentración, donde lo esperaba un desastre sufrido por uno de los jefes más brillantes del ejército: el General Topete. Este bravo militar dividió su fuerza en dos partes: una de 600 hombres y un cañón, á sus inmediatas órdenes, y otra de 400 al mando del General Lorenzo García. El General Topete salió á buscar al enemigo el 16 de Mayo, por la margen izquierda del río en dirección de Vícam, tiroteándose con ellos en el camino, y á seis kilómetros

de distancia, como á las 9 de la mañana, se encontró fortificada la posición del «Añil,» defendida por más de dos mil indios, con Cajeme á su cabeza.

Topete se consideró con fuerza bastante para tomar la fortificación, y la atacó verdaderamente con furia, llegando hasta los parapetos, de donde se retiró con grandes pérdidas, al ver el gran número de combatientes que la defendían, perdiendo 20 hombres muertos, entre ellos un oficial, y 57 heridos, de los que 4 eran oficiales. Este desastre que produjo una baja de casi el 13 por ciento en poco más de dos horas, nos da idea del empuje de los yaquis, única tribu que ha logrado en el país rechazar á un ameritado jefe de nuestro ejército en condiciones semejantes.

Topete atribuyó su fiasco á que el General García no apoyó su ataque, socorriéndolo al oír los disparos de cañón, estando tan cercano, pues se hallaba en los Guayabos, á seis kilómetros del «Añil,» y en espera de ayuda, dijo, había prolongado el asalto; pero García se defendió asegurando que de los Guayabos al «Añil» no se podía hacer el camino en menos de cuatro horas, y aunque había oído seis cañonazos seguidos y otros varios después,¹ no tuvo noticia del combate, y no era posible adivinar en qué margen del río eran disparados, pues el General Topete no le dió aviso.

Los dos generales se hicieron mutuas recriminaciones y como Topete fué quien sufrió el descalabro, fué encausado pero salió absuelto y se le devolvió su mando.

La verdad es que, á juzgar por la defensa heroica y prolongada que los indios hicieron posteriormente del mismo Añil, el Buatachive y otros fuertes, ante combatientes mucho más numerosos de los que llevaba Topete, estamos autorizados para suponer que este jefe se hallaba en un error y que, ni con la asistencia de García, quien solo tenía 400 hom-

¹ Véase la página 117 de la obra citada del General Troncoso.

bres, habría tomado entonces el Añil. Quizá su mala suerte, atacando con parte de sus tropas, lo salvó de un desastre mucho mayor en el que su carrera tan limpia se habría deslustrado, como no se deslustró el 16 de Mayo, pues se retiró con sus heridos, sus muertos y el cañón, y sin ser perseguido.



XVI

El fracaso de Topete alienta á los Yaquis.—Estos se defienden con encarnizamiento.—Arrecia la temporada de lluvias que dificulta la campaña.—Cajeme castiga en el Mayo á los que descaban la paz, y manda asesinar al cacique principal.—Retroceden las fuerzas federales y nacionales en espera de que pase la estación lluviosa.—Sonora licencia las tropas locales.—Muerte del General Carbó en Hermosillo.

El Sr. General Troncoso, en la página 118 de la obra que hemos citado, dice: «El descalabro del Añil envalentonó á los Yaquis, quienes, visto el buen resultado que tuvieron con la fortificación de este punto, se apresuraron á fortificar otros lugares, como el cerro del Onteme, el Buatachive y otros.»

No solo sucedió así, pues viendo Cajeme el gran éxito obtenido con su resistencia tras de trincheras, no tanto por lo que mira al rechazo de Topete, sino por lo que se refiere á los alientos inesperados que dió á sus secuaces, á fin de conservar esa animación tan útil, dió órdenes severas á sus segundos para no presentar batalla campal en lo sucesivo, sino batirse tras de los fuertes, á cuyo fin mandó fortificar violentamente otros puntos de la sierra del Bacatete.

La moral de las tropas del gobierno sufrió mucho con el accidente del Añil y se necesitó de todo el influjo de los prestigiados jefes que se hallaban en las operaciones, para que aquél no se hubiera visto seguido de otros fracasos. Du-

rante el resto de Mayo y en el curso de Junio hubo innumerables escaramuzas de inciertos resultados, no obstante que los yaquis, sufrían más pérdidas, y algunas acciones serias, entre las cuales se cuenta el ataque y toma del Onteme (día 25 de Junio) por el General Juan B. Caamaño, con mil hombres de las tres armas, lo que en cierto modo pareció reparar algo el fiasco del Añil, pues se pudo así demostrar que los indios no eran invencibles tras de parapetos. En cambio, el Añil fué respetado, porque se comprendió que no sería posible tomarlo sino con grandes pérdidas, si no se aumentaban los elementos de ataque, especialmente artillería, que no se tenía suficiente; y como los indígenas esperaban, como es natural, que el punto de mira habría de ser el Añil así por el rechazo que allí habían recibido los invasores, como por hallarse dentro de sus muros el Jefe de la tribu, al ver que no era atacado ese punto comprendieron que inspiraban temor y con esa consideración cobraron todavía mayores bríos.

Sólo faltaba que las fuerzas del Gobierno retrocedieran, para quedar cimentado el enorme prestigio adquirido por el caudillo indígena entre su tribu, en esta primera parte de la campaña. Pero el cabecilla era sobrado inteligente para entusiasmarse con una perspectiva tan risueña, y al contemplar que no obstante la empezada estación de lluvias, que tanto acrecentaba su defensa y tanto perjudicaba el ataque de sus enemigos, éstos no se retiraban, se dispuso á sondear el ánimo de los jefes de la campaña comisionando al efecto, á fines de Julio, á sus generales Anastasio Cuca y Juan María para que en su nombre iniciaran pláticas de paz ofreciendo someterse, á cambio de que los invasores se retiraran del río, lo que fácil es suponer que no fué admitido.

Ya desde mediados de Julio había comenzado el agotamiento de las provisiones de Cajeme y de las reservas de los pueblos, lo que producía el abandono de las márgenes del

Yaquí por sus moradores, pues no podían cultivarlas entorpecidos por la guerra, y eso aumentaba las angustias del caudillo para impedirle hacerse ilusiones.

Sin embargo, habiendo arreciado las aguas, se había dado también desde mediados del mes la orden de retirada de las tropas expedicionarias y comenzado á cumplir, lo cual ignoraba Cajeme porque los movimientos de retroceso en un principio los atribuyó á maniobras propias de la estrategia. Deseaba la retirada cuanto antes, pero no confiaba gran cosa en ella, porque comprendía que era provisional; sin embargo, por de pronto era un alivio.

El estado de miseria de los sublevados en el Mayo los tenía desalentados y gran número de ellos deseaba rendirse, pero sabedor de ello á tiempo Cajeme, se trasladó prontamente á aquel río para levantar el espíritu de los desesperados. Comprendió que le era necesario acudir á sus antiguos actos de vigor para prevenir otros desmayos y mandó, en consecuencia, asesinar á su lugarteniente en el Mayo, el cabecilla Andrés Capusari, quien se hallaba decidido á la paz, nombrando en sustitución otros jefes de su confianza, con lo cual logró reaminar la guerra en ese rumbo.

Al principiar la segunda decena de Julio, ya era evidente á los yaquis que las tropas del gobierno iban de retirada, la que se completó el día 22 en que los diferentes cuerpos llegaron á los puntos limítrofes con los ríos donde habrían de esperar á que pasaran las aguas para renovar las operaciones. Esto produjo un regocijo general entre los naturales, y como la miseria había comenzado á hacer sus estragos, Cajeme se vió en la obligación de permitirles que regresaran á sus labores de sembradío para que emprendieran el cultivo de sus tierras.

Las fuerzas del Estado fueron en su mayor parte desban-

dadas, regresando á sus hogares aquellos sufridos y valientes servidores de su tierra.

El Sr. Corral ya había vuelto á tomar posesión de su cargo en la Secretaría de Estado, ocupándose, en los ratos que le dejaban alguna libertad los asuntos oficiales, de buscar en los archivos de la Secretaría datos referentes á las tribus indígenas de Sonora, los que dió á conocer en numerosos artículos que comenzó á publicar desde el número 30 de «La Constitución,» del 24 de Julio de 1885, y que sinceramente deseáramos no abarcaran la gran extensión que tienen para poderlos acompañar con el presente trabajo, pues indudablemente forman el estudio demográfico literario más completo que ha emprendido y llevado á cabo el Sr. Corral, después de su reseña histórica del Estado de Sonora. Comienza con los «Yaquis y Mayos» y sigue después con los «Apaches,» los «Opatas,» los «Pimas,» los «Pápagos» y termina con «Los Seris.»

A mediados de este año de 1885, se repitieron los casos de fiebre amarilla, aunque menos numerosos que en el anterior, quizá porque ya todos los habitantes estaban inmunizados y no había sino muy pocas personas nuevas á quienes pudiera contagiar la epidemia.

En Octubre de aquel año, enfermó repentinamente en Hermosillo el General Carbó, muriendo en muy poco tiempo, sentido sinceramente por gran número de personas del Estado que lo trataron de cerca. El Sr. Corral se afectó profundamente, y en unión del Gobernador le hicieron al ilustre difunto unos suntuosos funerales en que tomó parte la población entera de la Capital del Estado.